

# La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial

Anibal Quijano e Immanuel Wallerstein

El moderno sistema mundial nació a lo largo del siglo XVI. América —como entidad geosocial— nació a lo largo del siglo XVI. La creación de esta entidad geosocial, América, fue el acto constitutivo del moderno sistema mundial. América no se incorporó en una ya existente economía-mundo capitalista. Una economía-mundo capitalista no hubiera tenido lugar sin América.

En el primer volumen de *El Moderno Sistema Mundial* (Wallerstein, Siglo XXI Editores, 1976, Madrid), se señala que:

«El argumento de este libro será que para el establecimiento de tal economía-mundo capitalista fueron esenciales tres cosas: una expansión del volumen geográfico del mundo en cuestión, el desarrollo de variados métodos de control del trabajo para diferentes productos y zonas de economía-mundo, y la creación de aparatos de Estado relativamente fuertes en lo que posteriormente se convertirían en Estados del centro de esta economía-mundo capitalista» (pp. 53-54).

América fue esencial para las primeras dos de estas tres necesidades. Ofrecieron espacio y constituyeron el *locus* y el primer terreno experimental de los «variados métodos de control del trabajo».

Se podría decir, quizás, lo mismo acerca de la Europa Central y del Este y partes de Europa del Sur. Hubo, sin embargo, una diferencia crucial entre estas áreas y América, que es por

la cual hablamos de americanidad como concepto. En estas zonas periféricas de la nueva economía-mundo capitalista que se hallaban localizadas en el continente europeo (por ejemplo, en Polonia o Sicilia), el vigor de las comunidades agrícolas y de sus noblezas indígenas era considerable. Por eso, enfrentados a la reconstrucción de sus instituciones económicas y políticas, lo que ocurría en el proceso de periferización, estaban en condiciones de

fundar en su historicidad su resistencia cultural a la explotación, y esa base les ha sido útil incluso hasta el siglo XX.

En América, sin embargo, hubo una destrucción tan vasta de las poblaciones indígenas y una importación tan abundante de mano de obra, que el proceso de periferización generó menos una reconstrucción de instituciones políticas y económicas, que su construcción, virtualmente ex-nihilo toda-parte (salvo tal vez en las zonas mejicanas y andinas). Incluso, desde el principio, la forma de resistencia cultural a las condiciones opresivas fue menos en términos de historicidad que en términos de un salto hacia la «modernidad». La americanidad ha sido siempre, permanece como tal hasta hoy, un elemento esencial en lo que entendemos como «modernidad». América fue el «Nuevo Mundo», un estandarte y una carga asumida desde la partida. Pero a medida que pasaban los siglos, el Nuevo Mundo se convir-

Anibal Quijano es profesor en la Universidad de San Marcos y director del Centro de Investigaciones Sociales, Apartado Postal 140277, Lima 14, Perú. Imparte clases en diversas universidades americanas y europeas. Sus trabajos y publicaciones se basan en los cambios de poder, sociales y culturales. Immanuel Wallerstein es profesor de sociología y director del Centro Fernand Braudel en la Universidad de Binghamton (SUNY), en Estados Unidos. Es autor de trabajos como *El sistema mundial moderno* (1974) y *Unthinking Social Science* (1991), entre otros.

tió en el patrón, en el modelo del entero sistema mundial.

¿En qué consistía esta «novedad»? Las novedades fueron cuatro, una pegada a la otra: colonialidad, etnicidad, racismo y el concepto de la novedad misma.

La colonialidad se inició con la creación de un conjunto de estados reunidos en un sistema interestatal de niveles jerárquicos. Los situados en la parte más baja eran formalmente las colonias. Pero eso era sólo una de sus dimensiones, ya que incluso una vez acabado el status formal de colonia, la colonialidad no terminó, ha persistido en las jerarquías sociales y culturales entre lo europeo y lo no europeo. Es importante entender que *todos* los estados de este sistema interestatal eran creaciones novedosas —desde aquellos situados en la cúspide hasta aquellos situados en la parte más baja. Las fronteras de estos estados han cambiado constantemente a lo largo de los siglos, a veces en mayor medida, casi siempre en menor medida. A veces las fronteras mostraban algún tipo de continuidad histórica con los sistemas políticos premodernos; pero por lo general no lo hacían. En América todas las fronteras eran nuevas. Y durante los tres primeros siglos del moderno sistema mundial, todos los estados de América fueron colonias formales, subordinadas políticamente a un puñado de estados europeos.

La jerarquía de la colonialidad se manifestaba en todos los dominios —político, económico, y no menos en lo cultural. La jerarquía se reprodujo a través de los años, aunque siempre fue posible para algunos estados escalar de rango en la jerarquía. Pero un cambio en el orden jerárquico no alteraba la continua existencia de lo jerárquico. América se convertiría también en el primer campo experimental para que algunos, nunca sino unos pocos, pudieran alterar su lugar en el ranking. La instancia ejemplar fue la bifurcación de los caminos de Norteamérica y de América Latina, desde el siglo XVIII.

La colonialidad fue un elemento esencial en la integración del sistema interestatal, creando no sólo un escalafón sino conjuntos de reglas para la interacción de los estados entre ellos mismos. Fue así como el denotado esfuerzo de aquellos situados en la parte más baja del escalafón por ascender en el ranking, sirvió de diversas maneras para consolidar al

sistema de ranking mismo. Las fronteras administrativas establecidas por las autoridades coloniales requerían tener cierta fluidez, de modo tal que desde la perspectiva de la metrópoli, la línea fronteriza esencial fuera la del imperio frente a los otros imperios metropolitanos. Fue la descolonización la que fijó la situación estatal de los estados descolonizados. Los virreinos españoles fueron compartidos en el proceso de las guerras de independencia hasta erigir, más o menos, los estados que hoy conocemos. Trece de las más de treinta colonias de la corona británica pelearon juntas en una guerra de independencia y se convirtieron en un nuevo estado, los Estados Unidos de Norteamérica. Las independencias cristalizaron la situación de estos estados como el medio por el cual el sentimiento común de nacionalismo podía cultivarse y florecer. Reafirmaron a los estados en su jerarquía. La independencia no deshizo la colonialidad; sencillamente transformó su contorno.

Fue la estadidad de los estados, y ante todo la de los estados de las Américas, producida en las condiciones de la colonialidad, la que hizo posible que la etnicidad emergiera como un elemento constitutivo del moderno sistema mundial. La etnicidad es el conjunto de límites comunales que en parte nos colocan los otros y en parte nos los imponemos nosotros mismos, como forma de definir nuestra identidad y nuestro rango con el estado. Los grupos étnicos reivindicaron su historia. Pero ellos crean su historia, en primer término. Las etnicidades son siempre construcciones contemporáneas, de manera que son siempre cambiantes. Pero todas las grandes categorías por medio de las cuales dividimos hoy en día a América y el mundo (americanos nativos o «indios», «negros», «blancos» o «criollos»/ europeos, «mestizos» u otro nombre otorgado a las supuestas categorías «mixtas»), eran inexistentes antes del moderno sistema mundial. Son parte de lo que conformó la americanidad. Se han convertido en la matriz cultural del entero sistema mundial.

Que ninguna de estas categorías está anclada ni en lo genético, ni en una antigua historia cultural, es evidente con sólo mirar las modificaciones de sus usos en las Américas, estado por estado y siglo por siglo. La categorización entre cada estado en un determinado momento fue compleja o simple según la situación

local requerida. En situaciones y momentos de agudo conflicto social, las categorías étnicas fueron a menudo reducidas en su cantidad. En situaciones y momentos de expansión económica, las categorías se expandían para calzar diferentes grupos en una más elaborada división del trabajo.

La etnicidad fue la consecuencia cultural inevitable de la colonialidad. Delineó las fronteras sociales correspondientes a la división del trabajo. Y justificó las múltiples formas de control del trabajo inventadas como parte de la americanidad: esclavitud para los «negros» africanos; diversas formas de trabajo forzado (repartimiento, mita, peonaje) para los indígenas americanos; enganches, para la clase trabajadora europea. Desde luego éstas fueron las formas iniciales de distribución étnica para participar en la jerarquía laboral. A medida que avanzamos hacia el período posindependencia, las formas de control del trabajo y los nombres de las categorías étnicas fueron puestas al día. Pero siempre se mantuvo una jerarquía étnica.

La etnicidad sirvió no sólo como una categorización impuesta desde arriba, sino como una reforzada desde abajo. Las familias socializaron a sus hijos en las formas culturales asociadas con las identidades étnicas. Esto fue un calmante político (aprender cómo adaptarse y así sostenerse); pero a la vez radicalizante (aprender la naturaleza y el origen de las opresiones). La insurrección política asumió una coloración étnica en las múltiples revueltas de esclavos africanos y de indígenas americanos. La etnicidad coloreó también el conjunto de movimientos independentistas de fines del siglo XVIII y de principios del XIX, en la medida en que varios de ellos se hicieron cada vez más claramente movimientos de los colonos blancos, horrorizados por los espectros de repúblicas de ex-esclavos negros como en Haití o por los reclamos de indígenas americanos rurales de echar por tierra la jerarquía étnica, como en la rebelión de Túpac Amaru.

En consecuencia, la etnicidad no bastó para mantener las nuevas estructuras. En tanto que la evolución histórica del moderno sistema mundial, trajo el final del dominio colonial formal (primero en las Américas) y la abolición de la esclavitud (ante todo un fenómeno de América), la etnicidad fue reforzada por un consciente y sistemático racismo. Por supues-

to, el racismo estuvo siempre implícito en la etnicidad, y las actitudes racistas fueron parte y propiedad de la americanidad y la modernidad desde sus inicios. Pero el racismo hecho y derecho, teorizado y explícito, fue en gran medida una creación del siglo XIX, como una manera de apuntalar culturalmente una jerarquía económica cuyas garantías políticas se estaban debilitando en la era de la «soberanía popular» después de 1789.

La realidad subyacente al racismo no siempre requiere la acción verbal o incluso la exteriorizada postura social que hay en la conducta racista. En las zonas más periféricas de la economía-mundo capitalista, por ejemplo en la América Latina de los siglos XIX y XX, el racismo podía disimularse detrás de los pliegues de la jerarquía étnica. La segregación formal o incluso la discriminación menos formal no necesariamente fueron practicadas. Así, la existencia de racismo en países como Brasil o Perú suele ser negada firmemente.

Los Estados Unidos del siglo XIX, por otro lado, tras la abolición formal de la esclavitud, fue el primer estado en el sistema moderno en aplicar la segregación formal, así como el primero en estacionar a los indígenas americanos en reserva. Aparentemente, fue precisamente a causa de su fuerte posición en la economía-mundo que Estados Unidos requirió semejante legislación. Es un país en el cual el tamaño del estrato social más elevado crecía como el mayor porcentaje de la población nacional; y en el cual, consecuentemente, había tanta movilidad individual ascensional, las restricciones étnicas más informales parecían ser insuficientes para mantener el control del trabajo y las jerarquías sociales. Así, el racismo formal devino una contribución más de la americanidad al sistema mundial.

La ascensión de Estados Unidos, después de 1945, a la hegemonía del sistema mundial, hizo ideológicamente insostenible el mantenimiento de la segregación formal en este país. Por otro lado, la misma hegemonía hizo necesario para los Estados Unidos permitir una vasta inmigración legal e ilegal desde los países no-europeos, tanta que dió origen al concepto de «tercer mundo interno». Una contribución más de la americanidad al sistema mundial.

La etnicidad necesitaba aún ser mantenida a flote por el racismo, pero el racismo necesitaba ahora una carta más sutil. El racismo se

refugió en su aparente opuesto, el universalismo y, su derivado, el concepto de meritocracia. Es en los debates de los últimos veinte años que encontramos esta última contribución de la americanidad. Dada una jerarquización étnica, un sistema de exámenes favorece, inevitablemente, de manera desproporcionada a los estratos étnicos dominantes. Esa ventaja adicional es lo que en el sistema meritocrático justifica las actitudes racistas sin necesidad de verbalizarlas: aquellos estratos étnicos que se desempeñan más pobremente lo hacen así porque son racialmente inferiores. La evidencia parece ser estadística; de allí, «científica».

Esto nos lleva a la cuarta contribución de la americanidad, la deificación y la reificación de la novedad, ella misma un derivado de la fe en la ciencia, la cual es un pilar de la modernidad. El Nuevo Mundo era nuevo, esto es, no viejo, no atado a la tradición feudal del pasado, al privilegio, a las maneras anticuadas de hacer las cosas. Cualquier cosa que fuera «nueva» y más «moderna» era mejor. Más aún, todo era presentado siempre como nuevo. Puesto que el valor de la profundidad histórica fue moralmente denigrado, su uso como herramienta analítica fue igualmente desechado.

Fueron las independencias de América las que representaron la realización política de esa novedad que se reputaba de mejor. A partir de ahí, a medida que Norte América se separaba de Latinoamérica, su ventaja fue adscrita por mucha gente al hecho de que encarnaba mejor lo «nuevo», de que era más «moderna». La modernidad se convirtió en la justificación del éxito económico; pero también en su prueba. Se trataba de un argumento circular perfecto que desviaba la atención del desarrollo del subdesarrollo. El concepto de la «novedad» fue así la cuarta y quizás la más eficaz contribución de la americanidad al desarrollo y la estabilización de la economía-mundo capitalista. Bajo la apariencia de ofrecer una salida a las desigualdades del presente, al concepto de lo «nuevo» empujaba e insertaba su inevitabilidad en el superego colectivo del sistema mundial.

De ese modo, la americanidad fue la erección de un gigantesco escudo ideológico al moderno sistema mundial. Estableció una serie de instituciones y maneras de ver el mundo que sostenían el sistema, e inventó todo esto a partir del crisol americano. Sin embargo, la

americanidad constituyó su propia contradicción. Porque la americanidad ha existido demasiado tiempo en América; porque sus consecuencias indirectas han llevado a tanto alboroto político-intelectual durante cuatro siglos, la americanidad se ha expuesto a la mirada crítica, y primero que todo en América. No fue casualidad el hecho de que el análisis centro-periferia se propagara en la escena intelectual del mundo desde la CEPAL (Comisión Económica para América Latina). No fue casualidad que la movilización política antirracista recibiera su primer y más grande impulso en Norte América.

## II

Separadas en el período colonial, las Américas se han articulado entre sí directamente, desde el siglo XIX, hasta llegar a constituir juntas una parte específica del sistema-mundo, en una estructura de poder cuya hegemonía es detenida por Estados Unidos.

Desde fines del siglo XV hasta el siglo XVIII, fue en las colonias ibéricas donde la producción era más variada y más rica y la sociedad y la cultura más enraizadas y más densas. Sin embargo, esa situación es revertida desde mediados de siglo XVIII. Al final del siglo, el Sur es periferalizado y es derrotado el primer proyecto de independencia con real potencial descolonizador (Túpac Amaru, en el Virreinato del Perú. El Norte, Estados Unidos, conquista su independencia. Y desde el siglo XIX, su poder ha sido continuamente dilatado hasta constituir la sede del primer poder realmente mundial de la historia.

¿Qué condujo por tan distintos cursos la historia de América? La explicación fundamental debe encontrarse en las diferencias en la constitución del poder y en sus procesos, en cada momento y en cada contexto históricos.

Para partir, la colonialidad en el área iberoamericana, no consistió solamente en la subordinación política a la Corona metropolitana, sino, sobre todo, en la dominación de los europeos sobre los aborígenes. En cambio, en el área britano-americana, consistió de manera virtualmente exclusiva en la subordinación política a la Corona inglesa. Eso quiere decir que las colonias británicas se constituyeron, inicialmente, como sociedades-de-europeos-



Grabado de Chapuis, 1886, representando una estatua de Cristóbal Colón, en Colón (Panamá). Roger-Viollet.

fuera-de-Europa. Las ibéricas, como sociedades de europeos y aborígenes. Sus procesos históricos serían, pues, muy diferentes.

Eso responde a las conocidas diferencias entre las sociedades aborígenes de cada una de las áreas. Pero que eso no fue lo único importante salta a la vista si se recuerda que los británicos llamaron naciones a las sociedades aborígenes del Norte y durante el período colonial la trataron como a tales naciones, ciertamente subordinadas, pero desde fuera de sus respectivas sociedades, como proveedoras de pieles y otros materiales y aliadas en las guerras entre los europeos. Después de la Independencia, los norteamericanos prefirieron exterminarlos en lugar de colonizarlos.

Los ibéricos, en cambio, discutían ardorosamente si los «indios» era realmente humanos y tenían «alma», mientras conquistaban y destruían, precisamente, sociedades aborígenes de alto nivel de desarrollo. Esclavizaron y, en las primeras décadas, casi exterminaron a sus poblaciones, sobre todo empleándolas como mano-de-obra-desechable. Y a los supervivientes, en los escombros de sus sociedades, los sometieron a relaciones de explotación y dominación, sobre las cuales fueron organizadas las sociedades coloniales.

Es necesario, en consecuencia, volver la vista hacia las sociedades colonizadoras para encontrar otros factores en la historia colonial.

Hay que recordar, primero, que con la conquista, colonización y bautismo de América, al terminar el siglo XV, comienza la historia del mercado mundial, del capitalismo y de la modernidad. La llegada de los británicos a la otra América, poco más de un siglo después, ocurre ya cuando esa nueva historia está en pleno proceso. En consecuencia, las sociedades colonizadoras eran radicalmente diferentes y lo serán también las modalidades de colonización y sus implicaciones sobre cada metrópoli y sobre cada sociedad colonial.

En el momento del primer encuentro con América, España está terminando la Reconquista e iniciando la formación del estado central. El establecimiento de la dominación colonial en esas condiciones, tuvo implicaciones peculiares en la sociedad ibérica. Durante el siglo XVI, la Corona combina la centralización del estado con un modelo señorial de poder, ya que destruye la autonomía, la democracia y la producción de los burgos, para ponerlos

bajo el señorío de la nobleza cortesana. La Iglesia encarna la Contrarreforma y es dominada por la Inquisición. La ideología religiosa legitima la expulsión de los agricultores y artesanos mozárabes y mudéjares, así como de los comerciantes y financistas judíos. Eso no evita que las riquezas coloniales estimulen la difusión de las prácticas materiales y subjetivas del mercantilismo. Pero queda estancado el tránsito entre el capital mercantil y el industrial en la Península, lo que además se agrava durante la crisis europea del siglo XVII.

La simultaneidad y el desencuentro entre las prácticas sociales mercantilistas y los patrones y valores formales de origen señorial en la sociedad ibérica, es el producto característico de ese proceso. Son la sociedad y el momento fijados para siempre en la más grande imagen histórica de la literatura europea: Don Quijote aún ve gigantes y contra ellos arremete lanza en ristre; pero, no por casualidad, son molinos de viento que lo reciben y dan en tierras con él.

Todo ello no habría sido, quizás, posible sin la súbita adquisición de las inmensas metalesíferas y del trabajo gratuito virtualmente inagotable de la América colonial, que permitían el reemplazo de la producción local y de las clases y grupos productores. De otro lado, la Corona se lanza a expandir su poderío europeo, por motivaciones dinásticas de prestigio, no de beneficios mercantilistas. Los ingentes gastos respectivos son sostenidos por las riquezas coloniales; pero con la producción local estancada, ellas son transferidas en beneficio de los banqueros centroeuropeos y de los industriales y comerciantes británicos, franceses, holandeses o flamencos. Como consecuencia, durante el siglo XVII España pierde la lucha europea frente a Inglaterra, y las sociedades ibéricas ingresan en un largo período de periferalización.

Las implicaciones de todo ello en la conformación de la sociedad colonial fueron decisivas. El conquistador ibérico es mentalmente portador de modelos de poder y de valores sociales de carácter señorial, a pesar de que sus actos y motivaciones en la conquista corresponden a las tendencias del mercantilismo. Por ello, en el primer momento de la organización del poder colonial, detrás de la «encomienda indiana» y del «encomendero» es discernible la sombra del patrón feudal. Pero en

el desmantelamiento del régimen encomendero, no mucho después, y en la imposición de la centralización político-burocrática de las colonias bajo el poder de la Corona, actúan ya las necesidades del mercantilismo.

Aquel orden político fue centralizado y burocrático, y en ese sentido no feudal. Pero fue también señorial, arbitrario, patrimonialista y formalista. La estructura productiva fue montada ante todo para el mercado externo y fue desmembrado el mercado interno (lo que no equivale al consumo interno, que ciertamente fue muy grande, especialmente el señorial y el eclesiástico, pero cuyos elementos no pasaban, en su mayor parte, por el mercado). El señorío se exacerbó en las relaciones con los «indios» y los «negros», con todas sus implicaciones psicosociales (el desprecio al trabajo, sobre todo el manual; el cuidado del prestigio social, la «honra», y sus correlatos: la obsesión con las apariencias, la intriga, el chisme, la discriminación).

El cambio dinástico por los Borbones en el siglo XVIII, no fue ventajoso para las colonias. La nueva geografía de la administración colonial española, benefició en la práctica los intereses del comercio inglés por el Atlántico. Desarticuló la estructura productiva y comercial producida; desangró financieramente las áreas más ricas en servicio de las guerras de la Corona y estancó su producción manufacturera en favor de las importaciones de la producción de las hasta entonces productivas regiones. Y poca duda cabe de que fundó las bases de la «balcanización» de las ex-colonias en el siglo XIX.

Por contraste, cuando los primeros colonizadores británicos desembarcan en la otra América, ya a comienzos del siglo XVII, Inglaterra procesa todas las tendencias sociales e intersubjetivas de la transición capitalista que, inclusive, llevarán pronto a la primera revolución política específicamente burguesa de Europa (Cromwell) y al primer debate político-filosófico propiamente moderno de la historia europea, aunque producido y moldeado en el matrimonio del poder con la inteligencia. Y desde fines del siglo XVI, logra el dominio marítimo y la dominación del mercado mundial en plena expansión.

La sociedad colonial britano-americana no fue el resultado de ninguna conquista y destrucción de las sociedades aborígenes. Se orga-

nizó como una sociedad de europeos en tierra americana. Pero, por encima de todo, fue el caso excepcional de una sociedad que se configura directamente, desde sus inicios, como sociedad capitalista, sin los agrupamientos e intereses sociales, instituciones, normas y símbolos que en Inglaterra correspondían aún a la historia señorial. Y con recursos naturales largamente superiores. La producción se organiza primero para el mercado interno y no al revés. Y se articula a la economía metropolitana no solamente como proveedora de materias primas, sino como parte del proceso de producción se organiza primero para el mercado interno y no al revés. Y se articula a la economía metropolitana no solamente como proveedora de materias primas, sino como parte del proceso de producción industrial. El estado regula y dicta las normas, pero no controla, ni es propietario de los recursos, ni de la producción, como en el caso ibérico. Y ninguna iglesia es todopoderosa, ninguna Inquisición se opone al desarrollo de la modernidad y de la racionalidad, como en el área iberoamericana antes de los Borbones.

Inclusive el régimen esclavista se establece ya formando parte del engranaje del capitalismo. Es verdad que produce y permite al señorío en las relaciones sociales; pero modulado por el hecho de operar con mercancías (incluido el esclavo), para producir mercancías, por motivaciones y necesidades de beneficio. No se opone, sino impulsa la innovación tecnológica que hace parte de la revolución industrial, al revés del señorío ibérico sobre mano de obra «india» gratuita, cuya fuerza de trabajo no es mercantilmente producida.

Los procesos de independencia tienen, por todo ello, lógicas e implicaciones muy distintas en cada lado. Las colonias iberoamericanas llegan al final del siglo XVIII con economías estancadas, con patrones de poder social y político en crisis. Derrotados el movimiento de Túpac Amaru en 1780, las revueltas independentistas sólo corresponden muy parcialmente a la revuelta anticolonial «india» o a las necesidades de la expansión capitalista y de su control nacional. De hecho, en los centros coloniales principales, la emancipación sólo culmina exitosamente cuando los señores dominantes deciden autonomizarse respecto del régimen liberal en la España de comienzos del siglo XIX. Se está lejos de una revolución. Al

terminar el colonialismo ibérico, en las ex-colonias no están presentes fuerzas sociales hegemónicas o capaces de articular y dirigir coaliciones hegemónicas para preservar la unidad política del área iberoamericana, y ni siquiera para erigir y sostener establemente un estado local. El caso de Brasil fue diferente. Pero no se independizó sino mucho más tarde.

En cambio, las ex-colonias britanoamericanas se organizan inmediatamente como los Estados Unidos de América, con un orden político bajo una hegemonía social muy clara, con un estado fuerte, pero con una sociedad civil provista de mecanismos para regular sus relaciones con las instituciones estatales. La independencia combina las exigencias del desarrollo capitalista nacional y las del debate político ordenado sobre las nuevas bases de modernidad/razionalidad. Nada sorprendente, en consecuencia, que en la perspectiva norteamericana la independencia tenga el lugar de toda una revolución: la Revolución Americana.

Las dos Américas ingresaron en el s. XIX son muy desiguales condiciones y por caminos muy distintos.

Estados Unidos siguió un patrón de desarrollo, de nuevo, excepcional: se fue constituyendo como nación al mismo tiempo que como centro hegemónico imperial. De ello, el «destino manifiesto» es una ceñida expresión ideológica.

Ese patrón ha tenido varias etapas y modalidades históricas. Primera, la expansión territorial violenta que permitió a Estados Unidos duplicar en menos de 80 años el territorio continental heredado, a costa del territorio de los «indios» del Oeste y de la mitad del mexicano. Segunda, la imposición de un cuasi-protectorado sobre los países del Caribe y Centroamérica, incluyendo el «raptó» de Panamá y la construcción y control del Canal de Panamá, así como sobre Filipinas y Guam. Tercera, la imposición de una hegemonía económica y política sobre el resto de América Latina, desde el fin de la Primera Guerra Mundial. Cuarta, desde la Segunda Guerra Mundial, la imposición de su hegemonía sobre todo el mundo, conduciéndolo a integrarse en un orden global de poder.

Dos factores decisivos deben ser anotados a ese respecto. Uno, el rápido desarrollo capi-

talista de Estados Unidos, que ya a fines del s. XIX le permite competir con Europa y con Inglaterra en particular. Dos, su asociación hegemónica con Inglaterra después de la Primera Guerra Mundial frente a Europa y América Latina, lo que finalmente llevará al apoyo británico a la hegemonía mundial de los Estados Unidos.

Durante el mismo período, América Latina se «balcaniza»; se desangra en guerras de frontera y en guerras civiles en cada país; el poder se organiza sobre bases señorial-mercantiles; se estanca el desarrollo del capital y de sus respectivas relaciones sociales. El pensamiento moderno, en esas condiciones, sufre la káfkiana tortura del exilio interior o de la fuga utópica. Las clases dominantes, eurocentristas, adoptan el mistificado modelo europeo de estado-nación, para sociedades cuyo rasgo fundante es aún la colonialidad entre lo europeo y lo no-europeo; y el modelo liberal de orden político, para sociedades dominadas mercantil-señorialmente. Todo ello permite la perduración del carácter dependiente del patrón de desarrollo histórico y la subordinación al imperialismo europeo, primero, y estadounidense después.

Durante el siglo XX, América Latina ha permanecido en gran medida apresionada en el nudo histórico formado por el entrelazamiento entre las cuestiones de nación, identidad y democracia; cuestiones y problemas que en otros contextos, como los europeos, se sucedieron en etapas. El desenlace o corte de tal nudo histórico pareció comenzar con la revolución mexicana; pero la derrota de la revolución democrático-nacional en los demás países, no solamente no resolvió el problema, sino que abrió una crisis de poder no resuelta, cuya más ajustada expresión es, seguramente, la perduración de ese peculiar animal político, específicamente latinoamericano: nacionalista-populista-desarrollista-socialista, cuyos componentes se combinan de muchos modos en cada país y en cada situación.

### III

Las Américas se preparan a ingresar en el siglo XXI casi con las mismas desigualdades que en el siglo XIX. Pero a diferencia de entonces, no lo harán ni separadas, ni por caminos diferen-

tes, sino como partes de un mismo orden mundial en el cual Estados Unidos ocupa, aún, el lugar primado, y América Latina, un lugar subordinado y está afectada por la crisis más grave de su historia postcolonial.

En la perspectiva americana del futuro, ciertos procesos merecen ser puestos de relieve. Uno, la tendencia a una más sistemática articulación entre las Américas, bajo la hegemonía de América del Norte (lo que incluye tan secundaria como tardíamente a Canadá). Eso incluye el creciente flujo migratorio desde todas las Américas hacia el Norte y en particular hacia Estados Unidos. Dos, la mayor articulación interna de América Latina, a pesar de las presiones en contra desde el capital global, Europa, Japón, Estados Unidos. Tres, el desarrollo de la descolonización en la producción de la cultura, del imaginario, del conocimiento. En breve, la maduración de la americanización de las Américas.

Las Américas son el producto histórico de la dominación colonial europea. Pero no fueron nunca sólo una prolongación de Europa, ni siquiera en el área britanoamericana. Son un producto original, cuyo propio y sui generis patrón de desarrollo histórico, ha tardado en madurar y abandonar su condición dependiente de su relación con Europa, sobre todo en América Latina. Pero actualmente, si se atiende a los sonidos, a las imágenes, a los símbo-

los, a las utopías americanas, es lícito admitir el tiempo de maduración de ese patrón autónomo, la presencia de un proceso de reoriginalización de la cultura en las Américas. Eso es lo que podemos llamar la americanización de las Américas. El proceso es apoyado por la crisis del patrón europeo.

La formación de Estados Unidos directamente como sociedad directamente capitalista, fundó allí la utopía de la igualdad social y de la libertad individual. Esas imágenes velan, por supuesto, las muy reales jerarquías sociales y su articulación en el poder; pero también impiden su sacralización y mantienen el espacio del debate y legitiman la capacidad de regular desde la sociedad la acción del estado. En América Latina, la persistencia del imaginario aborígen bajo las condiciones de la dominación, ha fundado la utopía de la reciprocidad, de la solidaridad social y de la democracia directa. Y bajo la crisis presente, una parte de los dominados se organiza en torno de esas relaciones, dentro del marco general del mercado capitalista.

Tarde o temprano, esas utopías americanas se encontrarán para formar y ofrecer al mundo la específica utopía americana: La migración de pueblos y de culturas entre las Américas y la gradual integración de todas ellas en un único marco de poder, es o puede ser uno de sus vehículos más eficaces.

---